

COLABORACIONES

L A S P R I S A S

Por Rafael GAMBRA

No puede dudarse de que eso que se llama el "standard" de vida ha aumentado en todos los países occidentales durante los últimos años. Incluso aquí, aunque nos entron por los ejos ambientes y países con un "standard" incomparable donde los obreros van al trabajo en su propio coche y cualquiera gasta, en un fin de semana trashumante, lo que aquí no se gana en un mes.

Sin embargo—tampoco cabe duda—, el "standard" de tiempo ha descendido paralelamente, o en proporción superior. El "no puedo, no tengo dinero" se va sustituyendo por el "no puedo, ~~no~~ tengo tiempo". Y ¿cuál es peor de las dos indigencias? De antiguo se ha dicho que "el tiempo es oro"; pero hoy se ha dado a esta frase una interpretación de acuerdo con la edad dinámica: el tiempo puede transformarse en oro, entraña "horas-salario", posibilidad de negocio. Creo, sin embargo, que su verdadero sentido es el de un mero elogio del tiempo comparándolo con lo más valioso, con lo que más se cotizaba en una época en que había tiempo y faltaba oro.

En realidad, el caudal que nos es entregado con la vida, es tiempo; un cierto tiempo que es nuestro o que, más bien, somos. Renunciar a él, a "estar con nosotros" o con lo nuestro, renunciar al tiempo para pensar, para rezar o para amar, a ese tiempo nuestro, es mucho más grave que admitir ciertas privaciones o limitaciones por renunciar a los medios para satisfacerlas.

El hombre de las ciudades va hoy apresuradamente a su trabajo y va apresuradamente a divertirse; come, duerme, habla y veranea apresuradamente. El hombre normal siente sonrojo al verse y declararse insolvente, y suele encubrir con una especie de pudor su pobreza. (Aunque los impresos de declaración para los beneficios sociales van arrancando este pudor, como los demás, sin embargo, todavía subsiste en el corazón de los hombres.) Pocas gentes, en cambio, se sienten avergonzadas de su constante prisa o precipitación. ¿Puede haber algo, sin embargo, más depresivo para la personalidad? El antiguo aristócrata, como el campesino de todos los tiempos, marchan siempre sossegadamente, y sossegadamente hablan y obran. Ciertamente que el caballero se lanzaba a galope en el ataque bélico, y que ésta era una prisa noble, como puede ser noble la prisa de un médico al acudir a un enfermo o al intervenirle. Pero esta prisa circunstancial nada tiene que ver con la prisa como estado habitual del vivir. Siempre he creído que hombre apresurado es hombre humillado, que una vida con prisas es indigna de ser vivida.

ESTABA yo el otro día en el Ministerio de Educación Nacional hablando con un compañero. Un tranquilo Ministerio, podría pensarse; sin embargo, allí se ven muchas cosas y se aprende mucho, aunque nadie hable en él de enseñanza. He sufrido yo, recientemente, varios "insultos" de la

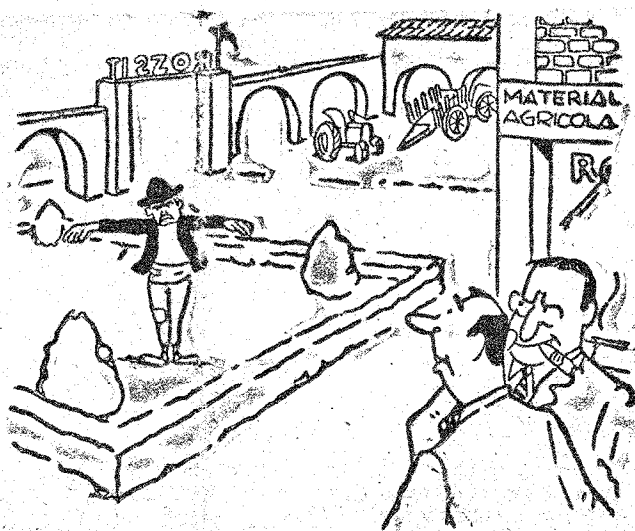
Administración. (En castellano antiguo insulto significa ataque súbito, inesperado; así se habla de "insultos" del enemigo, en la guerra, o de "insulto" de las aguas, en una inundación.) Y expresaba yo a mi amigo el anhelo de reducirme a mi labor de cátedra, renunciando a muchas cosas a cambio de que me dejen en paz, tranquilo en ella. Pero—le decía—cuando coexisten cuatro clases de bachillerato y se suceden tres planes de estudios; cuando se reglamenta todo y se inventan "tests" y se modifican cada año los exámenes; cuando todo jerarca ministerial adviene a su mandato con un paquete de decretos que lo cambian todo, ¿puede haber algún género de tranquilidad?

Recuerdo que la respuesta que me dió mi compañero me impresionó por su realismo: "Tú no te das cuenta de que pides, precisamente, lo imposible, que la tranquilidad no exista ya, porque ha sido el precio que el hombre ha pagado por el "standard" de vida. Y que tú estás involucrado en una época y en un ambiente. En otro tiempo los hombres se conformaban, en general, con mantener lo que tenían, con ir viviendo como vivieron sus padres. Hoy nadie renuncia a nada ni se propone un "status" que tenga valor en sí mismo. Este activismo produce unos medios de confort y de técnica que nuestros padres no soñaron, pero esto tiene un precio y, este precio, es la tranquilidad."

En esto pasó ante nosotros un franciscano a toda velocidad, con su cartera debajo del brazo, mirando nerviosamente el reloj. Pensé que mi amigo tenía razón: ¿también la vida eterna requiere prisas?

FERIA DEL CAMPO

Por ALFONSO



—¡Le había prometido colocarlo en nuestro pabellón!...